« práctica de la primera Iglesia, porque nuestro Señor tenia cui-
« dado de algunas mugeres que le seguian; y consta de las Actas
« de los apóstoles que ellas suministraban víveres á los fieles, y
« que tenian relacion con las funciones apostólicas. Si á alguno le
« pareciere que puede ser peligroso para nosotros el trato con es-
« tas hermanas, respondo: que para esto nos hemos valido de to-
« das las precauciones posibles, estableciendo por regla en la Con-
« gregacion, que nunca se vaya á visitarlas en sus propias casas
« sin necesidad urgente, y sin espresa licencia del superior; y
« ellas tienen tambien por regla hacer clausura de su propia ca-
« sa, y no permitir jamas que entren hombres en ella.

« Espero, Señor, que lo que he dicho en respuesta á vuestra
« objecion, os dejará satisfecho, etc. "

Hacia Vicente conferencias espirituales á estas doncellas, á las que asistian las que estaban en las parroquias y hospitales de Paris, reuniéndose hasta ochenta y ciento con este objeto en la casa de su superiora, segun con anticipacion se les prevenia, y aun se les enviaba por escrito el asunto que en la conferencia debia tratarse, para que se preparasen con la oracion. Regularmente hacia hablar á muchas, tanto para disponerles el corazon para las cosas espirituales, cuanto para que las otras participasen de las buenas ideas que Dios les inspiraba, y para que mejor se penetrasen de la importancia de la vida cristiana, á cuya perfeccion incesantemente deseaba elevarlas; el mismo Vicente les decia al último un discurso de media hora, y algunas veces de una hora y aun mas, adecuado á sus necesidades, al alcance de todas, y tan sencillo y persuasivo, que les era fácil cosa retener la mayor parte, haciendo con la práctica de sus consejos continuos adelantos en la vida interior y espiritual. Han recogido mas de cien discursos de estos que les decia su buen padre, y hasta el dia los leen y meditan en su casa matriz para nutrirse con su doctrina y propagar en todos lugares el espíritu de ardiente caridad, y otras virtudes que comunicó este admirable varon á sus hijas durante su vida, y desde el cielo continúa inspirándoles para gloria de Dios, honra de la Religion y alivio de los desgraciados.

CAPITULO XXXI.

Instituye Vicente una Cofradía de señoras para el servicio de los hospitales de Paris y para otras muchas obras de caridad.

Era cuidado principal de Vicente el alivio de su prójimo, no solo en sus necesidades espirituales, sino en los trabajos corporales, y oia por esto con mucho agrado cuanto para este fin se le proponia, acometiendo cualquier empresa por dificil que pareciese, particularmente cuando al deseo de dar la mano á los pobres se unia la obediencia á la órden de los superiores. Por esta razon el año de 1634 puso por obra el designio que le propuso la esposa del presidente Goussault, señora de singular piedad, que habiendo quedado viuda en la flor de su edad, se negó á oir las propuestas del mundo para ventajosos casamientos, con el fin de consagrarse enteramente al servicio de Dios en la persona de los pobres enfermos. Visitaba á menudo los hospitales de Paris, y no encontrando en ellos el buen órden que le parecia conveniente, se dirigió á Vicente suplicándole que procurase mejor asistencia á aquellos desgraciados. Respondióle con grande humildad que no le parecia acertado entrometerse en agenos negocios, ni con imprudente zelo dar reglas á un hospital, cuyos directores y administradores en lo espiritual y en lo temporal eran personas de prudencia y disposicion, segun su juicio. Por tal respuesta conoció esta piadosa señora, que le era necesario valerse de la autoridad del arzobispo de Paris para que diese Vicente su consentimiento, y que sus observaciones no fuesen obstáculo para tan importante obra. Así lo hizo; y habiendo conferenciado con el arzobispo, conoció este prelado que sus deseos eran hijos de un corazon caritativo. Concedióle cuanto pedia: y mandando luego llamar á Vicente, le manifestó que le seria muy grato el que se encargase de fundar esta Cofradía de señoras, que tuviesen por fin particular el cuidado de los enfermos del hospital.

Obedeció prontamente Vicente lo que el arzobispo habia dispuesto: y confiando enteramente en Dios para el buen éxito de esta obra, comenzó á buscar los medios de establecer la Cofradía. Reunió con este objeto á algunas piadosas, señoras y les propuso el proyecto con tiernos y eficaces discursos que animaban á todas

á emprender con gusto esta nueva obra de caridad. En una segunda reunion que despues tuvieron, concurrió mayor número de señoras, entre ellas la muger del gran canciller y otras de la primera nobleza y notoria piedad: para organizar desde luego el gobierno de la Cofradía, nombraron una priora, una asistenta y una tesorera, y por comun acuerdo eligieron á Vicente por director perpetuo de la Cofradía.

Pronto llamó la atencion de todos el ejemplo de caridad que daban estas piadosas señoras, y el deseo de imitarlas hizo de tal modo progresar el instituto, que en pocos meses se hallaban inscritas mas de doscientas señoras principales que tenian por mucha honra el servir á Dios en la persona de los pobres, mirándolos como á viva imágen de su Hijo y Redentor nuestro.

Como Vicente vió que ninguna dificultad se habia presentado en la ejecucion de aquella obra tan del agrado de la Magestad Divina, se imaginó que sin alguna fuerte oposicion no podria tener firmeza, como si por esperiencia supiese que los mas profundos cimientos de los edificios de beneficencia nunca se abren mejor que cuando las contradicciones se presentan. Hacíale temer su prudencia que con estos ejercicios de piedad se descubriria la falta que habia de ella en los que servian el hospital, en lo cual no se engañó, pues á poco tiempo comenzaron á levantarse algunas quejas de parte de los superiores que gobernaban el hospital; pero Vicente, interviniendo con su gran modestia y prudencia en estas desavenencias, consiguió que estos se convenciesen de la recta intencion de aquellas señoras, cuyo único fin era el alivio de los enfermos, y que para tal objeto y no para otro, habia dado el arzobispo su aprobacion; y quedando convencidos con estas y otras razones de Vicente, dejaron á aquellas señoras en plena licencia para ejercitar en el hospital su caridad.

Arreglado este importante punto, nombró á las que habian de dar principio á esta obra, y entre los consejos que les dió, fué el principal que estuviesen en buena amistad con las monjas que estaban en el hospital encargadas del gobierno y asistencia de los enfermos, sin desdeñarse porque fuesen de humilde condicion; antes bien que las tratasen como amigas y hermanas, estando siempre prontas á servir á los enfermos en su compañía, para participar del mérito de sus buenas obras, y que el medio mejor para conservar siempre hácia ellas un afecto firme, y evitar los daños que suele engendrar la oposicion, era el venerarlas y honrarlas, considerando la nobleza de su ejercicio, que las asemejaba á los ángeles. Decíales ademas de esto: «Considerad, señoras, que nuestro objeto es contribuir á la salud corporal y espiritual de los pobres, y dificilmente lo conseguiremos sin el auxilio de estas buenas religiosas; conviene por esto ganarles la voluntad, estimándolas y tratándolas como á esposas de Jesucristo y á señoras de la casa. Es propio del espíritu de Dios obrar con dulzura y amor, y el medio mas seguro para lograr lo que se desea, es imitarlo."

Con estos importantes consejos dió principio Vicente á tan santa obra, y observándolos puntualmente las señoras, dieron luego á conocer que se arreglaban á tan singular prudencia: uniendo á la caridad y profunda humildad que guiaba todas sus acciones la conformidad en cuanto se trataba de hacer, ganaron prontamente el corazon á aquellas esposas de Cristo, de modo que en adelante pudieron con toda libertad satisfacer sus piadosos deseos, ya consolando á los pobres enfermos, ya exhortándolos con tiernas palabras á que sacasen fruto de sus enfermedades, llevando con paciencia los males que Dios les enviaba para la salvacion de sus almas.

Fuera de estos consejos, relativos á la paz y union con las religiosas, dióles Vicente otros muchos avisos para la práctica de la caridad que hacian. Les encargaba mucho que para venir al hospital, usasen vestidos sencillos, tanto para honrar la pobreza de Cristo, cuanto para no despertar melancólicas ideas en los pobres enfermos, quienes suelen entristecerse viendo las pompas vanas y superfluos adornos de las personas ricas, mientras que ellos en una miserable cama padecen, y tal vez están privados aun de lo mas necesario. Encargábales tambien que al comenzar la visita pidieran á nuestro Señor como verdadero padre de los pobres, su soberana asistencia, invocando su santo nombre, y que recurriesen á la poderosa intercesion de su Santísima Madre y al patrocinio de San Luis, fundador de aquella casa. Y para que estas visitas fuesen mas provechosas y bien recibidas, se resolvió con el parecer de Vicente, que las palabras de consuelo fuesen acom-

pañadas de algunos regalos para mayor alivio de los enfermos, pues el necesitado oye mejor lo que se le aconseja, cuando se ve socorrido; y con este objeto se alquiló una pieza inmediata donde tener preparado y guardado todo lo que se les podia dar.

En el mismo hospital entraron las Hermanas de la Caridad, no solo para ayudar á las señoras en las distribuciones de que hemos hablado, sino tambien para procurar todo lo necesario á los enfermos. Acostumbraban aquellas señoras suministrarles tanto los remedios que exigia su enfermedad, cuanto los alimentos que podian serles inocentemente deleitosos: por las mañanas les servian con sus propias manos algunas bebidas de leche, y por las tardes les repartian bizcochos, dulces y frutas, segun el tiempo y el gusto de cada uno.

Era de mucha edificacion para toda la ciudad el ver tanta nobleza empleada en estos ejercicios: todos admiraban la prontitud y piedad con que asistian las señoraas á los pobres enfermos, el cuidado que tenian en disponerlos á una buena muerte, si la enfermedad era de peligro; y si no lo era, la fuerza de las razones con que los exhortaban á hacer firme resolucion de vivir cristianamente en adelante: la paciencia y benignidad con que enseñaban á las mugeres ignorantes las cosas necesarias para su salvacion, y cómo las disponian para hacer una confesion general, si lo creian importante para la seguridad de sus conciencias; y para cerrar la puerta á la vanidad que aun en las obras buenas sabe derramar su veneno, hizo Vicente imprimir un librito para que siempre lo tuviesen consigo cuando ejercitaban estos actos de caridad, aparentando de este modo que aquellas exhortaciones no eran discursos propios, y así corriese menos peligro la humildad.

Luego que se hallaban los enfermos instruidos y dispuestos para confesarse, lo hacian con uno de los sacerdotes destinados á este efecto por las mismas señoras, y uno de ellos entendia varias lenguas para socorrer las necesidades de los forasteros y peregrinos. Mas como aumentase cada dia el número de enfermos, á estos sacerdotes se agregaron despues otros cuatro, con la obligacion no solo de confesar, sino tambien de doctrinar y exhortar á los hombres en los términos que se hacia con las mugeres.

Cerca de dos años despues de la fundacion de esta Cofradía, creyó Vicente que convenia elegir un cierto número de las mismas

señoras que de tres en tres meses se ocupasen particularmente en la instruccion y consuelo espiritual de las mugeres, mientras que otras les procuraban los socorros corporales, porque la esperiencia le habia hecho conocer que dificilmente se encontraban reunidas en una misma persona estas dos diversas disposiciones. Propúsolo así Vicente en una junta general; y habiéndose aprobado unánimemente esta resolucion, se nombraron catorce señoras para ponerla en ejecucion desde el dia siguiente. Quiso sin embargo Vicente que antes que estas diesen principio á su ejercicio, fuesen á recibir la bendicion de los canónigos de la iglesia Catedral, á cuyo cargo estaba el gobierno del hospital. Así lo hicieron, y pasaron luego á desempeñar sus cargos.

A los tres meses se eligió igual número de señoras para el mismo fin, y hacia Vicente que se juntasen tanto las que entraban en el oficio como las que salian, con la priora y demas empleadas en el gobierno de la Cofradía: y las últimamente electas se informaban de las anteriores sobre el modo con que habian desempeñado sus funciones y el fruto que Dios habia dado á sus afanes, para que la esperiencia de unas pasase á la práctica de las otras. No es fácil referir el número de los que, gracias á estos ejercicios, tuvieron una muerte cristiana, ó salieron con firme resolucion de tener en adelante una vida irreprensible. Otros bienes han resultado de este piadoso empleo, y entre ellos no ha sido pequeño el contar en el primer año que estas señoras lo practicaron, setecientos sesenta entre calvinistas, luteranos y turcos que abrazaron la fe católica; y fué tan grande el crédito que tuvo este hospital y tan abundantes las bendiciones que derramaba el cielo sobre los trabajos de estas señoras, que un personage principal de Paris, habiendo caido enfermo, pidió por singular favor entrar en él, pagando cuanto fuese necesario, para disfrutar en union de los pobres aquella piadosa asistencia.

No contentándose esta Cofradía con lo que hacia en beneficio de los enfermos del hospital, se empleó despues en otras muchas obras de piedad, segun veremos adelante, y por esto fueron comunmente llamadas aquellas señoras las Damas de la Caridad. Seria dificil empresa querer referir en pocas líneas sus muchas virtudes y maravillosas acciones, y dar á conocer á cada una de estas heroinas de la caridad; mas para no pasarlo

todo en silencio, haremos sucinta memoria de una de las mas fervorosas, que murió en 1651.

Fué esta la Sra. Delandes, viuda del presidente Delamoignon, varon eminente por su piedad, liberalidad y amor á la justicia: esta gran muger, digna de eternas alabanzas, fué una de las primeras que se inscribieron en la Cofradía, y por sus bellas cualidades mereció ser reelegida priora hasta su muerte; acompañaba á una ardiente caridad, penitencias estraordinarias y mortificacion de todas sus potencias y sentidos: maceraba su delicado cuerpo con un continuo y áspero cilicio: en las juntas de las señoras, solia con palabras nacidas de su zelo inflamarlas en amor de Dios y del prójimo, y estimulándolas con su ejemplo, las hacia abrazar dificultosas y repugnantes empresas. Por su particular compasion para con los pobres, todos en sus necesidades acudian á ella como á madre, y ella los socorria y acariciaba como si fuesen sus hijos. Mucho se echó de ver en su muerte el grande amor que los pobres tenian á su bienhechora, no solo por las copiosas lágrimas que derramaron, sino por el empeño que tuvieron en conservar su cuerpo, dándole ellos mismos sepultura en su parroquia, contra la espresa disposicion de su testamento, y venciendo la fuerte oposicion de unos religiosos, en cuya iglesia se debia enterrar. Esta carrera de tantas virtudes prácticas, fué fruto del zelo de Vicente; y aunque no fué este uno de los mayores bien es que hizo en su tránsito por la tierra, por él solo se hace acreedor del tierno título de Padre de los pobres.

CAPITULO XXXII.

Erige Vicente un hospital para los niños espósitos.

En las ciudades populosas la confusion de los negocios y el interes que cada uno tiene en atender á los suyos, generalmente hace mirar muy de paso los males particulares, por mas que estos reclamen el socorro de los hombres. Verificábase puntualmente esto en la ciudad y corte de Paris respecto de los niños espósitos, de quienes se puede decir que nacian abrazados con la muerte del

cuerpo y del alma, porque las madres, ó mas bien dicho, los monstruos que los echaban al mundo, por atender á lo que llamaban su honor, ó por causas quizá mas ignominiosas para la especie humana, los arrojaban de sí en las calles públicas, en las plazas, en los muladares, con la misma indiferencia en las estaciones de verano, como en los dias rigorosos de invierno, sin cuidar jamas, no solo de que se criasen, pero ni aun de que fuesen bautizados; y en Paris era tan grande el número de los infelices que entraban de este modo al mundo, que anualmente se recogian cerca de cuatrocientos, sin contar los que antes de ser recogidos eran devorados por los perros. Ciertos empleados que llamaban comisarios de justicia, entregaban estos niños al cuidado de una viuda que tenia obligacion de criarlos en una casa que se llamaba del Parto; pero como esta muger tenia solamente una ó dos criadas, no podia atender á la educacion de todos, y por otra parte la renta de mil trescientas liras[1] que estaba señalada para este efecto, no era suficiente para mantener las amas y los niños; resultaba de aquí, que la mayor parte de estos, estenuados por la falta de alimentos, acababan poco á poco su vida en los brazos de la miseria; á esto se agregaba, que las mercenarias criadas que estaban encargadas de su asistencia, por no oirlos llorar y porque en la noche no les quitasen el sueño, los adormecian con bebistrajos, que á muchos de ellos causaban la muerte. Los pocos que quedaban, los regalaban al primero que los pedia, ó se vendian al vil precio de veinte sueldos[2]; de estos que se compraban, eran algunos destinados á mamar la leche á mugeres enfermas, cuyo alimento para ellos obraba en su salud como un veneno, en razon de su tierna edad; á otros los compraban personas infames y de conducta depravada, y pasando luego por hijos propios, recibian eficaces lecciones en la escuela de sus vicios. Llegó á tanto el desórden, que muchos de estos niños caian en manos de embaucadores, que con el nombre de hechiceros, alucinaban á los necios y sacrificaban horriblemente á estas inocentes criaturas. No pocas eran tambien recogidas ó compradas por los limosneros, quienes rompian sus delicados miembros para desfigurarlos, y moviendo la compasion del público, reunir mas limosnas.[3] Así es

1 Hacen 780 pesos.
2 Poco menos de 2 reales.
3 En comprobacion de esto, copiamos el siguiente pasage del panegírico de San Vicente de Paul,